



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 7

Mártir

Masaoka llegaba tarde a la escuela, como de costumbre, pero esta vez tenía razones de peso, pues por las noches no podía dormir y cuando lo hacía, ocurría, y si eso ocurría, a la mañana siguiente se sentía agotada, como si en vez de reponer energía por la noche, esta se la hubiesen arrebatado. Y es que desde hacía un par de semanas, Yuko Masaoka no era la misma; una presencia la impedía dormir por las noches, justo cuando caía en el más profundo sueño podía sentirlo, encima de ella, impidiéndola moverse, respirar o gritar. Había oído hablar de los demonios íncubo, seres del averno que atacaban sexualmente a sus víctimas mientras estas dormían plácidamente. Pero tenían que ser cuentos chinos, ella no creía en esas cosas, para ella eran tan solo pesadillas y sin embargo, eran tan increíblemente reales... podía sentir el frío, podía sentir aquel ser sobre ella, tocándola, era algo aterrador y repugnante.

Intentó quitárselo de la cabeza mientras tomaba su bicicleta para dirigirse a la escuela. Al llegar, sus dos únicas amigas la esperaban en la puerta.

— ¡Yuko-chan casi no llegas! ¡Vamos!

Muy cansada y fatigada, Yuko dejó la bicicleta y junto con sus amigas pasaron al interior.

— Te ha vuelto a pasar, ¿verdad?

— ¡Eh! No la atosigues con eso, además, son solo pesadillas, ¿verdad Yuko?

La chica tan solo pudo asentir con la cabeza, con un gesto poco convencido. Las ojeras la llegaban hasta el suelo y antes de salir se había bebido una generosa taza de café aderezada con unas pastillas, para intentar espabilarse y mantenerse despierta en clase.

Pero era imposible concentrarse, la clase era sumamente aburrida. Para intentar no dormirse, Yuko comenzó a garabatear en su cuaderno, pero lo hacía de una forma inconsciente, sin saber lo que estaba dibujando. Sintió un repentino azote de viento en la cara y se asustó, pero enseguida el profesor se dirigió a cerrar una de las ventanas que se había abierto de golpe. Aquello, sin saber por qué, la puso nerviosa y en alerta, se aferró con ambas manos al pupitre, intentando controlar su respiración.

— Yuko... ¿estás bien? —susurró una de sus amigas, a su lado. Esta asintió para no preocuparla, pero tenía la misma sensación que la embargaba por las noches. Pero ahora no podía suceder, era de día y estaba en la escuela, aquello solo pasaba de noche, en su cama. Estaba a salvo.

La clase prosiguió y de pronto el profesor se dirigió a ella.

— Srta. Masaoka, por favor ¿podría seguir leyendo el capítulo doce?

Ella se puso torpemente en pie, cogió su libro, se aclaró la garganta y se dispuso a leer. No había leído un par de frases cuando lo sintió. Alguien la había cogido del tobillo, alguien con una mano grande y fría, áspera.

— ¡Ah!

Miró a su alrededor, no había nadie en el suelo y a su lado solo estaban sus compañeros, observándola desde sus pupitres.

— ¿Qué ocurre? ¿Se encuentra usted bien?

Un débil “sí” salió de los labios de la chica pero se sentó mientras se frotaba el tobillo, debía de ser una alucinación y sin embargo lo sintió claramente.

La clase continuó mientras otro alumno leía. Yuko miró un momento hacia la ventana mientras su mano inconsciente seguía garabateando en el cuaderno. Pasaron pocos minutos hasta que lo sintió de nuevo, esta vez en su muslo derecho. Una mano subía por debajo de su falda. Dando un respingo, Yuko se puso en pie y se aferró a la falda, tirando de ella. No había nadie debajo de su mesa, no había nada. El profesor la miró de nuevo.

— ¿De verdad se encuentra bien?

Antes de responder, Yuko dirigió su vista hacia el cuaderno y abrió mucho los ojos, el corazón la dio un vuelco. En el mismo no había garabatos como ella creía, había tan solo escrito un nombre con múltiples trazos.

Alastor.

Ahora la chica negó con la cabeza, pidió disculpas haciendo una rápida reverencia y se marchó de clase todo lo deprisa que pudo. Corrió por el pasillo, jadeando de cansancio. No

podía ser, estaba despierta y sin embargo sentía lo mismo que por las noches, una presencia, un ser que la tocaba, que no la dejaba dormir. Se estaba volviendo loca, sin duda. Incapaz de ir a la enfermería se encerró en los servicios y se echó agua en la cara para espabilarse.

— Estás despierta —se dijo una y otra vez— Estás despierta, maldita sea... solo está en tu cabeza Yuko, ¡reacciona!

De pronto un frío intenso, su vello se erizó, se dio la vuelta apoyándose sobre el lavabo, al respirar se podía ver claramente el vaho.

— ¡Quién eres! —Gritó— ¿Qué quieres de mí?

Silencio.

Se giró un instante para observarse en el espejo y lo que vio la dejó horrorizada. En el reflejo se veía con los ojos y la boca cosidos con hilo negro. Se tocó la cara, estaba bien, pero no tardó en encerrarse en una de las letrinas, jadeante y con el corazón a punto de salirse por la boca. Aquello era de locos. Cerró la puerta apoyando las manos, su respiración era agitada. Tras unos intensos minutos de silencio se sentó sobre el retrete.

De nuevo el corazón la dio otro vuelco, en lugar de sentir el asiento del mismo parecía estar sentada sobre... alguien. Sin tiempo a la reacción notó una mano que tapaba su boca y un fuerte brazo que la sujetaba por la cintura. Alguien invisible. Sus gritos eran ahogados y pateaba sin poder escapar, realmente era muy fuerte y mucho más grande que ella, lo sabía aunque no pudiese verle. Era el mismo que la atacaba cada noche desde hacía dos semanas. El mismo frío, el mismo aliento putrefacto. Finalmente se rindió, dejó de gritar y de patear, gruesas lágrimas inundaron sus mejillas.

— ¿Quién eres? —preguntó con voz débil.

El ser invisible retiró con cuidado el pelo de la chica hacia un lado, notó aquel aliento en su oído y una respiración fuerte, como la de una bestia.

— Lo sabes muy bien... humana.

El pecho de Yuko se inflaba y desinflaba con celeridad.

— A... ¿Alastor? —preguntó recordando el nombre que inconscientemente acababa de escribir en su cuaderno. Unos intensos segundos de silencio.

—... Sí.

— ¿Qué... qué quieres de mí?

La obligó a separar sus piernas mientras su mano recorría el interior de su muslo.

— Follarte, hasta que mueras...

Una risa ronca invadió aquel silencio. Yuko lloraba, su corazón palpitaba, aquello tenía que ser otra pesadilla. Intentó gritar pero el demonio la tapó de nuevo la boca con la mano.

— Deberías sentirte honrada... humana. Serás la primera víctima, la primera señal que anuncie el advenimiento de mi Señor. Así que, hagamos que se sienta orgulloso...

Dicho esto comenzó a acariciar su intimidad. Ella luchó con todas sus fuerzas para que no lo hiciera, pero aquel demonio era demasiado fuerte.

— Si te resistes, te dolerá más... humana.

— Basta por favor, Alastor...

— ¿Te atreves a pronunciar mi nombre? Una humana muy osada, me gusta...

En aquel instante se hizo visible, Yuko pudo observar horrorizada los brazos que la apresaban, musculosos y desnudos, de un tono grisáceo. El incubo echó su cabeza hacia atrás, ladeándola para que le observase. Un rostro inhumano y cruel, una cicatriz cosida en su cara y aquellos ojos que sin duda, eran los de un demonio.

— ¿Te gusta observar a la muerte? Primero humana... jugaremos un rato. — Con estupor, la chica observó como el demonio sacaba la lengua, una lengua increíblemente larga que fue descendiendo entre sus pechos hasta llegar a lo más íntimo. Introdujo su lengua húmeda y fría por su entrepierna. Ella gimió entre lágrimas.

De repente se escuchó otra voz, allí había alguien más.

— Oye Alastor, recuerda que estamos juntos en esto, yo también quiero jugar.

Otro ser endemoniado se materializó allí mismo, de pie, justo enfrente de ellos. Estaba tranquilamente apoyado sobre la puerta de la letrina, con los brazos cruzados. Su piel era de un tono violáceo y dos cruces sangrientas como heridas decoraban sus mejillas. Al igual que Alastor tenía el pelo largo y de color gris brillante, pero este no tenía orejas puntiagudas.

— Astaroth... te estaba aguardando. Ahora daremos a esta criatura su plato fuerte, ¿verdad que sí? —terminó preguntando mientras la sujetaba el pelo con fuerza, tirando de su cabeza hacia atrás.

Aquello ya era demasiado, no era uno, sino dos los demonios que la estaban atacando.

— Ahora, puedes gritar todo lo que quieras, pero gracias a nuestro poder nadie podrá oírte y nadie podrá cruzar esta puerta —anunció Astaroth acercándose a su cara. Y era cierto, aunque ya no tuviese la boca tapada, por más que gritase, nadie acudía, y eso que todo el mundo estaba al otro lado.

Yuko pasó de sentir miedo, a sentir impotencia y rabia. En un acto reflejo escupió a la cara a Astaroth, pero este tranquilamente recogió la saliva con un dedo y se lo llevó a la boca. Su expresión ahora era como de haber degustado un excelente vino.

— Seguro que ahí abajo también sabes muy bien, vamos a comprobarlo.

Mientras Alastor la tenía sujeta, sentada sobre él, Astaroth descendió, rajó sus bragas con uñas afiladas y comenzó a lamer con fervor.

— ¡Ah...! ¡Basta!

Las mejillas de la chica se encendieron por el rubor, lloraba y gemía al mismo tiempo. Alastor atrapó sus pechos entre sus grandes manos para acariciarlos y pellizcarlos. Yuko se mordió tan fuerte el labio que este comenzó a sangrar y aquello excitó aún más a ambos demonios. Alastor tomó los labios entre los suyos para lamer la herida. Su aliento era insoportable. También sintió debajo de ella aquella increíble erección, entonces supo que estaba perdida, desamparada, quería morir. A pesar de todo, de aquella tortura y sufrimiento, el acto la colmó de un placer que la hizo estallar en mil pedazos, para satisfacción aún mayor si cabe, de los demonios.

— Vaya... la humana ya se volvió dócil y obediente.

Pero Yuko ya no era un ser humano, era una muñeca sin vida en manos de demonios, como un vulgar harapo que podían manejar a su antojo. Y en medio de aquella oscuridad que la atormentaba se dio cuenta. Los demonios existen, ellos fueron ángeles caídos.

Fue entonces cuando escuchó una voz siniestra en su cabeza y no solo en la de ella, los demonios también la oyeron, era la voz del Señor de las Tinieblas, era la voz de Lord Azazel.

— Recordad las órdenes —dicho esto Alastor la puso en pie y él hizo lo mismo, quedando frente a ella. El demonio alzó su cara tomándola por la mandíbula y la obligó a mirarle. Era muy alto, podía rebasar los dos metros y medio de altura, musculoso y con aquel pelo lacio largo y gris que caía como una cortina de humo. Mostró una píldora grande de color rojo sangre que puso entre sus ojos. Luego se la puso en su propia lengua y la dio aquel beso desgarrador, opresor, introduciendo la píldora con su larga lengua por la garganta. Al soltarla, Yuko tosió para recuperar el aliento.

— Esa píldora... —continuó Azazel— te concederé el beneplácito de no dormirte tan pronto, pues quiero que seas testigo de tu propio dolor, de tu propia... agonía. Mi querida Srta. Masaoka, el ser humano no tiene derecho a saborear, olfatear, oír, ver ni sentir la vida que le han brindado.

Era su final y lo sabía, pero no estaba preparada para morir. Entre lágrimas de silencio, Yuko alzó la vista hacia el techo y habló en un susurro.

— Haz lo que te plazca, demonio. Pero ellos vendrán a por ti.

— ¿Ellos?

— Los ángeles.

Risas ásperas resonaron en su cabeza y en el interior de aquella letrina.

— Entonces, Srta. Masaoka, la concederemos el honor de convertirla en una mártir, para que puedan venerar su figura.

Dicho esto, la voz cesó. Y tanto Alastor como Astaroth, procedieron a acatar las órdenes que le había encomendado su Señor sin más demora.